

Ryūnosuke AKUTAGAWA, «El hilo de araña» (cuento gótico japonés)

Traducido por Marta GÓMEZ MORENO y
Elena Carolina HEWITT HUGHES
Universidad de Granada

INTRODUCCIÓN AL AUTOR Y SU OBRA

El autor Ryūnosuke Akutagawa (1892-1927) continúa siendo leído y admirado hoy en día por casi todos los japoneses por ser uno de los estilistas por excelencia de Japón. Era un experto en el modismo moderno enriquecido por tener un conocimiento profundo tanto de la literatura clásica como la contemporánea de Japón, China, y el Oeste. Nació en Tokio en el año 1892, se crió en una familia impregnada en la cultura tradicional japonesa. Asistió a las instituciones educativas más importantes de Japón donde aprendió inglés a una edad temprana, y fue un estudiante brillante. Comenzó montando y escribiendo para publicaciones estudiantiles cuando tenía diez años, antes de graduarse por la Universidad Imperial de Tokio. Le otorgaron una licenciatura en literatura inglesa, y sus contribuciones a las revistas de la universidad fueron reconocidas por el estilo logrado. Durante dos años se mantuvo gracias a su trabajo como profesor de inglés, pero la gran demanda de sus historias y ensayos le permitieron renunciar a su puesto en 1919 para centrarse exclusivamente en su trabajo como escritor.

Pronto comenzaría a tener dudas sobre su dependencia de los materiales clásicos japoneses y chinos para escribir su obra, y así comenzó a responder a peticiones relacionadas con un trabajo más autobiográfico, donde dio a conocer su propia angustia como hijo de una madre con problemas mentales, un joven débil entre sus padres adoptivos y biológicos y asustado de estar afectado por la locura que él pensaba que había heredado de su madre. Cuando se suicidó en 1927, a la edad de treinta y cinco años, el legado literario que dejó sería una colección de cuentos marcados por el esplendor de las imágenes, el cinismo, el horror, y la belleza, con un humor salvaje y una claridad asombrosa.

Una de las inspiraciones del autor Akutagawa del cuento que aquí presentamos: «El Hilo de Araña», parece basarse en otro cuento titulado: «Karma: Una historia de budismo temprano», antología de cinco parábolas budistas publicada en Tokio en 1895. De este mismo cuento toma al personaje de Kandata, al que se describe como un ladrón perverso y condenado al infierno budista hasta que el mal karma desaparezca. Aunque en el cuento de Akutagawa, Kandata no tendrá un camino directo para salir del infierno, se cuenta que cualquier acción buena que Kandata pueda hacer, como el hecho de no matar a la araña, será considerado una buena acción que le podría ayudar a salir del infierno.

A lo largo de la historia, la araña se ha representado de diversas formas, de acuerdo con la cultura popular, la mitología y el simbolismo. Entre las diferentes simbologías que presenta destaca la paciencia y la tenacidad, debido a su técnica cazadora de colocar la tela y esperar a su presa. La araña es también considerada símbolo de travesura y malicia debido a la muerte por envenenamiento y la muerte lenta que ocasiona, algo que a su vez se ha visto a menudo como una maldición. Numerosas culturas atribuyen la habilidad de hilar telarañas al origen de hilar, coser, tejer, así como anudar. También se ha asociado la araña con mitos de creación ya que ellas son las creadoras de su propia tela. Las arañas han sido el foco de temores, historias y mitologías en diferentes culturas durante siglos. Los filósofos frecuentemente usan la tela de la araña como una metáfora o analogía. Hoy, medios como internet, o la red de la World Wide Web, evoca la interconectividad de una tela de araña.

Y ahora, niños, dejadme que os cuente una historia sobre el señor Buda Shakyamuni.

La historia comienza un día en el que él paseaba solo por el Paraíso a orillas del estanque de los Lotos. Las flores del estanque eran como perfectas perlas blancas, desde cuyos centros dorados emanaba una infinita fragancia tan maravillosa que sobrepasa toda descripción. Creo que debía ser por la mañana en el Paraíso.

Pronto el señor Shakyamuni se dirigió hacia el borde del estanque, desde donde podía echar un vistazo a través de las hojas de los lotos al espectáculo que se desarrollaba en el fondo. Justo debajo de la profundidad del estanque de los Lotos del Paraíso, subyacen los abismos del Infierno, y cuando él miró de cerca a través de las cristalinas aguas, pudo ver el río de los Tres Cauces y la montaña de las Agujas tan claramente como si estuviera viendo imágenes en una caja de espiar al Infierno.

Y justo ahí abajo, sus ojos se posaron en un hombre llamado Kandata, quien junto con otros pecadores, se retorció en el Infierno. Este gran ladrón había cometido infinidad de malas acciones: incluso mató a personas y quemó sus casas. Pero parecía que Kandata había actuado con bondad al menos en una sola ocasión. Un buen día atravesando un frondoso bosque observó a una diminuta araña deslizándose junto al camino. Su primer pensamiento fue pisotearla hasta la muerte, pero cuando levantó su pie, se dijo a sí mismo: «No, no. Incluso esta diminuta criatura es un ser vivo. Tomar su vida sin motivo alguno sería demasiado cruel». Así que la dejó pasar sin causarle daño alguno.

Ahora, mientras miraba hacia abajo al mundo de las tinieblas, el señor Shakyamuni recordó cómo Kandata había salvado a la araña, y decidió recompensarle, en la medida de lo posible, trayéndolo del Infierno. Por casualidad, se giró y vio a una divina araña tejiendo un bonito hilo plateado encima de una hoja de loto de un reluciente color jade. Levantando el hilo de araña con suavidad, lo bajó a través de las flores de perla hasta las profundidades.

Allí, con los otros pecadores, en el estrato más bajo de las profundidades del Infierno, Kandata estaba permanentemente flotando y hundiéndose una y otra vez en el estanque de Sangre. Hacia dondequiera que él mirase había solo la más profunda oscuridad, y cuando una forma algo difusa penetraba en las sombras, era el destello de una aguja en la horrible montaña de las Agujas, que solo intensificaba su sentido de ser un condenado.

Todo era silencioso como una tumba, y cuando un sonido débil rompía la tranquilidad, no era más que el débil suspiro de un pecador. Así que, como pueden imaginar, aquellos que habían caído tan profundo se habían desgastado de tal forma por las torturas en los otros siete infiernos, que ya no tenían la fuerza de llorar.

Aunque Kandata había sido un gran ladrón, solo podía revolcarse en el estanque como una rana moribunda a medida que se asfixiaba en la sangre.

Y entonces, niños... ¿qué creéis que sucedió después? Sí, ciertamente: elevando la cabeza, Kandata tuvo la oportunidad de alzar la vista hacia el cielo por encima del estanque de Sangre y observó el resplandeciente hilo de araña plateado, tan fino y delicado, escurriéndose furtivamente hacia abajo a través de la oscuridad silenciosa desde las alturas celestiales tan, tan altas; y venía directo hacia él. Kandata batió las palmas lleno de júbilo. Si cogiera este hilo de araña y escalara y escalara, podría probablemente huir del Infierno. Y quizás, con suerte, podría entrar en el Paraíso. Entonces, nunca más sería conducido a la montaña de la Aguja o sumergido en el estanque de Sangre.

En el mismo instante en el que esta idea le cruzó el pensamiento, Kandata cogió el hilo de araña y comenzó a escalar con todas sus fuerzas, cada vez más alto. Como gran ladrón que era, Kandata había tenido mucha práctica en este tipo de escalada a cuatro puntos de apoyo.

El Infierno y el Paraíso, no obstante están a miles de incalculables leguas, así que no era fácil, incluso para un hombre como Kandata, escaparsin importar cuánto le costara. Pronto comenzó a fatigarse, hasta que no pudo levantar su brazo para dar un estirón más. No tuvo más elección que pararse a descansar, y mientras se pegaba al hilo de araña, miraba hacia abajo y veía un gran trecho.

Después advirtió que toda su escalada había valido la pena: el estanque de Sangre ahora quedaba escondido en las profundidades de la oscuridad. Incluso el leve destello de la terrorífica montaña de las Agujas yacía por debajo de sus pies. A este paso, era más fácil de lo que había imaginado su escala a través del hilo de araña para salir del Infierno. Enlazando sus manos por el hilo de araña, Kandata se rio a carcajadas como no lo había hecho en todos estos años desde que había llegado a este lugar: «¡Lo he conseguido, lo he conseguido!».

¿Y entonces que creéis que vio? Por debajo del hilo de araña, innumerables pecadores le habían seguido, y estuvieron trepando por el hilo con todas

sus fuerzas ¡como si se tratara de una fila de hormigas! La visión le impactó y aterrorizó de tal manera que por un momento su boca se quedó abierta como la de un idiota; solo sus ojos se movían. Este delgado hilo de araña probablemente se rompería por su solo peso: ¿Cómo podría entonces sostener a tanta gente? Si se rompiera a mitad de camino, entonces Kandata caería en picado hacia el Infierno, desde donde tanto había luchado para escapar. ¡Qué terrible sería! Todavía, desde la oscuridad más absoluta del estanque de Sangre, una columna intacta de cientos, miles de pecadores iban retorciendo el frágil y luminoso hilo de araña. Sabía que tenía que hacer algo de inmediato o la tela de araña se rompería en dos.

Kandata les gritó, «¡Oíd, pecadores! Este hilo de araña es mío! ¿Quién os dijo que podíais escalarlo? ¡Bajad! ¡Bajad!»

Y en ese preciso instante el hilo de araña, que hasta entonces había funcionado perfectamente, se rompió con un ¡chas! justo donde se encontraba Kandata. Antes de que hubiera incluso gritado, Kandata cayó, cortando el aire, girando como una peonza, bajando de cabeza hacia la oscuridad más profunda.

Tras él, todo lo que quedaba era el final del hilo de araña que colgaba del Paraíso, brillando delicadamente en el cielo ya sin estrellas y sin luna.

Desde el estanque de los Lotos en el Paraíso, el señor Shakyamuni observó todo lo que había sucedido. Y cuando, al final, Kandata se hundió como una piedra en el estanque de Sangre, el señor sagrado reanudó su paseo, su cara ahora se cubrió de pena. Kandata había pensado solo en salvarse a sí mismo, y como castigo por la falta de compasión, había caído de vuelta al Infierno. ¡Qué vergonzoso debió ser a ojos del señor Shakyamuni!

Sin embargo, los lotos del estanque del los Lotos, permanecían impertérritos. Balanceaban sus perfectas flores blanco perla cerca de los pies del señor Shakyamuni, y desde sus centros dorados flotaban a lo lejos con una fragancia interminable, tan maravillosa que sobrepasaba toda descripción. Creo que debió ser cerca del mediodía en el Paraíso.

(Abril, 1918)

Akutagawa Ryūnosuke. *Rashōmon and Seventeen Other Stories*. Trans. Jay Rubin. New York: Penguin Books, 2006. 38-41.